



RECONSTRUCCIÓN: ¿FANTASÍA PERJUDICIAL?

Amitai Etzioni

FRANK-WALTER STEINMEIER, MINISTRO de Relaciones Exteriores alemán, tomó un descanso de sus obligaciones diplomáticas durante una reciente visita a Washington, D.C., para asistir a una cena con un pequeño grupo de intelectuales y discutir acerca de cómo será la sociedad estadounidense en el año 2050. La conversación durante la cena fue, por decirlo así, comedia hasta tanto se sirvió el postre y comenzó una discusión sobre Afganistán. Uno de los invitados sugirió que la presunción de que el occidente pudiera reorganizar a Afganistán era sumamente irrealista al igual que la idea de que EUA pudiera hacer lo mismo en otros países, desde Irak, Timor Oriental hasta Haití. Contundentemente afirmó que los fracasos resultantes eran perjudiciales para la capacidad de resolución y credibilidad del Mundo Occidental. El asistente de Steinmeier respondió apasionadamente alegando que la reconstrucción en Afganistán, estaba avanzando, efectivamente y sin dificultad. Señaló las 2 000 escuelas que se han construido desde la invasión encabezada por EUA en el año 2001, el gran número de niños educados (incluso, 1.5 millón de niñas) y los 4 000 kilómetros de carretera recién construidas y pavimentadas.

Según lo indicado por los comentarios del asistente del Ministro de Relaciones Exteriores alemán, si bien el respaldo para la intervención militar en Afganistán está disminuyendo (y en Europa en general), el apoyo para la reconstrucción permanece fuerte. Según una encuesta generada por el Fondo Marshall alemán, 64% de europeos apoyan las iniciativas de reconstrucción, pero sólo 30% está de acuerdo de que sus tropas participen en la guerra.

En efecto, si bien rara vez se ha expuesto en estos términos, una división de trabajo está emergiendo dentro de la misión de la OTAN: el peso de las operaciones militares cada vez más recae sobre EUA, mientras otros países concentran sus aportaciones en la reconstrucción. Esta división de trabajo está estimulada, por la parte europea, mediante una resistencia loable a matar y a que lo maten, un sentido de deber moral para ayudar a la gente humilde a quienes las fuerzas de ocupación les ha invadido su país con la convicción de que el desarrollo económico es esencial si Afganistán y demás países similares se independizan completamente de la influencia de extremistas y no sirven de refugio para los terroristas. Dicha percepción presume que las potencias extranjeras pueden participar en gran escala en la ingeniería social de ultramar “así como EUA y sus aliados ayudaron a reconstruir a Alemania y a Japón después de la IIGM”. No obstante, estos constituyen conceptos sumamente imperfectos. Se requiere plantear un enfoque diferente, más humilde y más realista.

Amitai Etzioni es catedrático de Relaciones Internacionales en la Universidad George Washington y autor de Security First (Yale, 2007).

Fotos: Los Budas de Bamiyan (destruidos por el Talibán) y el World Trade Center (destruido por Al-Qaeda), yuxtapuesto en la parte superior, se encuentra el emblemático de los videntes del golfo entre los puntos de vistas mundiales, ancestrales y modernos, religiosos y seculares—Este y Oeste. Hoy, sus ruinas nos recuerdan la irracionalidad del extremismo y dificultad que enfrentamos al intentar rehabilitar las sociedades que lo respalda.

Límites de la Ingeniería Social

En la actualidad los neoconservadores están muy desacreditados; se les hace responsable, en gran parte, por la doctrina que condujo a la invasión de Irak en el 2003. Su doctrina se concentró en torno al concepto de que los poderes extranjeros podían cambiar rápidamente a los estados controlados por las economías, en mercados libres, y las tiranías, en democracias. Estos mismos neoconservadores ganaron una gran cantidad de seguidores en los años 80 al insistir en que, por lo regular, la ingeniería social en gran escala fracasaba. De ahí, señalaron algunas ciudades de EUA, donde podríamos agregar, se habían llevado a cabo los proyectos bajo circunstancias mucho más favorables que las de Afganistán.

Los neoconservadores alegaron que gran parte de los programas de la Gran Sociedad liberal puestos en práctica en Estados Unidos en los años 60, han fracasado; el gobierno no pudo erradicar la pobreza, ayudar para que las minorías se pusieran al día, mejorar los programas de las escuelas públicas ni eliminar la drogadicción. Los neoconservadores dijeron que era incorrecto presumir que una combinación de funcionarios bien intencionados con mucho dinero podrían resolver los problemas sociales. Aun así, en el 2003, los mismos neoconservadores pusieron en práctica básicamente el mismo enfoque liberal en lugares remotos como Afganistán e Irak.

En general, los defensores de la reconstrucción también pasaron por alto las lecciones amargas de la ayuda exterior. Un informe extensivo del 2006 sobre las cuentas de miles de millones de dólares que el Banco Mundial invirtió en el desarrollo económico desde mediados de los años 90 mostró que a pesar de las iniciativas del banco para “lograr un aumento sostenido en ingresos per cápita, básicamente, para reducir la pobreza, sigue eludiendo a un número considerable de países. “De 25 países que reciben ayuda y los que abarca el informe, más de la mitad (14) han tenido los mismos o peores porcentajes de ingresos per cápita desde mediados de los años 90 hasta principio del 2000. Además, en los países que recibieron la mayor parte de ayuda (especialmente en África) el nivel de desarrollo fue menor, mientras que el nivel de desarrollo de los países que casi no recibieron ayuda (especialmente China, Singapur,

Corea del Sur y Taiwán) fue mayor. Otros países encontraron que la ayuda externa era un “obsequio envenenado” porque fomentaba la dependencia de extranjeros, socavaba los esfuerzos indígenas y beneficiaba desproporcionadamente a los talentosos que escribían las propuestas, las fundaciones aduladoras y los representantes de los países donantes, en lugar de favorecer a las personas emprendedoras y a los negocios locales.

Sobre todo, el Banco Mundial y demás expertos en materia de desarrollo han descubierto, asombrosa y recientemente, que la mayor parte de los fondos provistos se han malgastado debido al alto nivel de corrupción propagada. En el libro *The White Man's Burden*, William Easterly desacredita sistemáticamente la idea de que el incremento de los gastos del presupuesto de ayuda puede aliviar la pobreza o modernizar los estados fracasados o al borde del fracaso y señala los papeles claves que desempeña un mal gobierno y la corrupción que ocasiona dichos fracasos. Steve Knack del Banco Mundial mostró que “las grandes ganancias provenientes del plan de ayuda podrían fomentar aun más la burocratización y empeorar la corrupción”. Otros encontraron que la mala administración, la gran incompetencia y los gobiernos débiles resultaban casi igualmente debilitantes.

Cabe mencionar que no todo el derroche y la corrupción se dan localmente. Gran parte de la ayuda presupuestada para Afganistán y otros países similares se les entrega a organizaciones privadas sujetas a muy poca rendición de cuenta o gastan el mismo en compañías contratistas y corporaciones en el occidente que emplean asesores con honorarios occidentales sumamente altos. (La ley estadounidense exige que 100% de los alimentos producidos en suelo estadounidense para la ayuda externa se compren a los agricultores nacionales y que las empresas de transporte de mercadería de EUA envíen el 75% de la misma.)

En un estudio efectuado en el 2008 por *The Economist*, se concluyó que una de las razones principales de que el desarrollo de Afganistán haya avanzando tan deficientemente se debe a la corrupción propagada, amiguismo y tribalismo, falta de rendición de cuentas y mala administración. En *The Economist* se sugirió que EUA depende del presidente Hamid Karzai, para presentar las reformas. No podemos dejar de preguntarnos lo

siguiente: ¿Cómo debería proceder el Sr. Karzai? ¿Debería reunir a todos sus ministros y exigirles que dejen de sobornar y asignar fondos públicos a sus favoritos? ¿Despedirlos y reemplazarlos? y reemplazarlos ¿con quiénes? Y si lo hiciera, ¿qué sucedería con el personal? Por lo regular, muchos de los policías, jueces, carceleros, oficiales de aduana y funcionarios públicos en Afganistán aceptan sobornos y dan gran preferencia a sus familias, clanes y grupos tribales. La mayoría no están adecuadamente capacitados y no cuentan con ninguna tradición profesional a la que recurrir. ¿Cómo un presidente (aún respaldado por poderes extranjeros) puede cambiar dichos hábitos y culturas profundamente arraigadas?

Uno puede sustentar que tales reformas se dieron en otros países, incluso en el Occidente. De hecho, los sociólogos podrían prestar un gran servicio a países en vías de desarrollo si llevaran a cabo un estudio de cómo esos países consiguieron controlar la corrupción y mala administración. El estudio demostraría, probablemente, que el proceso tardó décadas, si no generaciones, y que implicó un cambio muy importante en las clases sociales (tal como el aumento considerable de una clase media) y cambios significativos en los sistemas educativos, entre otros. Dichos cambios no pueden ser impuestos y deben ser en gran parte endémicos.

Lo mismo es cierto para la reforma educativa. Afganistán cuenta ahora con muchas escuelas y más estudiantes atendiendo clases en las mismas que años atrás; sin embargo, la reforma educativa exige más que construir edificios y



Moneda de oro de Rey Kanishka: Afganistán hace 2000 años era la encrucijada cultural de la civilización oriental y occidental, gracias en gran parte, a Alejandro Magno quien dominó la región más de 300 años antes. Las tribus expulsadas de la frontera del noreste de China se establecieron en Afganistán y adoptaron la cultura griega como los kushans. Esta moneda de oro del imperio de Kushan de Kanishka (217 C.E.) muestra las letras griegas en un dialecto persa que nos recuerdan la confluencia de culturas y religiones en las capitales de Kushan y Balkh, Kabul, Begram y Peshawar. Afganistán bajo los Kushans se convirtió el centro de Shaivismo, Zoroastrianismo y más tarde de la expansión Budista en Asia del este. Los descendientes de Kushan esculpieron los Budas de Bamiyan en el siglo VI, vistiéndolos con túnicas helénicas. Su legado multicultural se convirtió en un conducto fértil para la extensión del islam en el siglo VII. Hasta que Afganistán fue devastado por los mongoles en siglo XIII, luego por los turcos bajo el dominio de Tamerlane y por los magnates de la India, la región era el lugar más importante para la civilización. Una vez fue el hogar de fabulosas bibliotecas, famosos filósofos, comerciantes, artistas, pero las divisiones étnicas y culturales profundamente arraigadas en la región por siglos han dificultado su recuperación. La reconstrucción demostrará ser una tarea monumental.

llenar los salones de clase. También se necesita una capacitación masiva de los maestros afganis, quienes a menudo, ni ellos mismos cuentan con una educación moderna (especialmente en ciencias y matemáticas) y muy poca experiencia en los métodos modernos de enseñanza, prefiriendo que los niños aprendan de memoria viejos textos. El volver a capacitar a miles de maestros (o nuevos maestros) exige instalaciones de capacitación para los mismos u otras instalaciones educativas que actualmente no están disponibles. Además, exige que los Directores de las escuelas, el personal administrativo, los distintos departamentos burócratas a cargo del sistema educativo, y hasta los padres, acepten el nuevo método de enseñanza y contexto. Ninguno de los antes mencionado se da fácilmente.

Los hábitos y valores tradicionales se han seguido por siglos y están profundamente arraigados en los demás elementos de la economía, en el sistema de gobierno y en la sociedad. Cambiarlos resulta ser, a menudo, un proceso lento y difícil que los extranjeros no pueden imponer, mucho menos acelerar. Dado que los EUA no ha podido reformar sus propias escuelas públicas desde Washington, D.C. hasta Los Ángeles, ¿por qué presumimos que podemos hacerlo en Afganistán? Los franceses no han podido lidiar con las minorías musulmanas en las afueras de París ¿por qué esperamos que ellos puedan hacer lo mismo en las afueras de Kandahar? Y tampoco ningún país europeo ha mostrado tener gran éxito en sus propias reformas sociales. A pesar de los miles de millones de dólares invertidos en Alemania para las “nuevas regiones” (previamente Alemania

Oriental), la región todavía está rezagada en muchos frentes, después de 18 años de la unificación.

Muchas condiciones que resultan improbables reproducirlas en otros lugares condujeron a la reconstrucción exitosa de Alemania y Japón después de la IIGM. Primero, ambos países se habían rendido luego de sufrir la derrota en la guerra y se sometieron completamente a la ocupación. Segundo, mucho de los factores facilitadores estaban mucho mejor establecidos que en los países en los que ahora se explora la ingeniería social. No había el peligro de que Japón y Alemania entraran en una guerra civil entre grupos étnicos, como es el caso de Afganistán e Irak. No tuvo que hacerse esfuerzo alguno para crear una unidad nacional. Por lo contrario, una unidad nacional poderosa constituyó una de las razones principales para que pudiera introducirse el cambio con relativa facilidad. Entre otros de los factores favorables se encuentra contar con funcionarios idóneos y un bajo nivel de corrupción. En su libro *“Liberal American and Third World”*, Robert Packenham menciona los siguientes factores intrínsecos: la presencia de la “pericia técnica y financiera, partidos políticos relativamente bien institucionalizados, políticos aptos y visionarios, población con alto nivel educativo e identificaciones nacionales bien definidas.” Y se contaba, crucialmente, con una cultura fuerte de autocontrol que se encontraba latente tanto en Japón como en Alemania la cual favorecía el trabajo arduo y un alto sentido del ahorro, aspecto esencial para fortalecer los recursos del lugar y mantener los costes bajos.

Las condiciones en los países donantes también eran distintas. En 1948, el primer año del Plan Marshall, la ayuda a los 16 países europeos involucrados sumó 13% del presupuesto de EUA. En comparación, Estados Unidos actualmente gasta menos de un por ciento de su presupuesto en la ayuda externa y no todo va dirigido hacia el desarrollo económico. Otros países están aportando más que nosotros, pero los fondos designados para la ayuda externa todavía son mucho más pequeños que aquellos comprometidos con la reconstrucción a fines de la IIGM. En otras palabras, las tareas actuales son más onerosas y, en comparación, los recursos disponibles son más escasos.

Max Weber, un gigante en la sociología, estableció la importancia de la cultura (un término cordial para expresar los valores) cuando demostró que los protestantes estaban más compenetrados que los Católicos en cuanto a los valores que conllevan al trabajo arduo y gran sentido del ahorro, esencialmente para aumentar las economías capitalistas modernas. Por décadas, el desarrollo en los países católicos (tales como aquellos en el suroeste de Europa y América Latina) quedaron rezagado en comparación con los países anglosajones y aquellos en el noroeste de Europa. Esta diferencia disminuye solamente cuando los católicos comienzan a parecerse más a los protestantes.

Además, la cultura constituye un factor importante que explica la sorprendente diferencia que existe entre los distintos niveles de desarrollo, especialmente entre los “tigres” surasiáticos (que recibieron poca ayuda) y los estados africanos y árabes que recibieron mucha de la misma. La tesis *No* es que estos últimos estados no puedan desarrollarse debido a algunas características genéticamente innatas de las personas que viven allí, sino porque sus culturas ponen hincapié en otros valores, especialmente en los valores religiosos tradicionales y vínculos comunales y tribales. Estas culturas pueden cambiar, pero los registros indican que el cambio sólo ocurre lentamente y los extranjeros no pueden imponer dichos cambios.

Al fin de cuentas, uno debe esperar que la reconstrucción en países tales como Afganistán sea muy lenta y sumamente agotadora para todos los involucrados.

El desarrollo económico no elimina el terrorismo

Uno puede decir que el Occidente no tiene ninguna otra opción que la de contribuir con el desarrollo de Afganistán y demás países parecidos porque si las masas involucradas no cuentan con trabajos y un salario decente, o no son propietarios de algunas tierras y casas, tanto Afganistán como los demás países serán un suelo fértil para el terrorismo. Esto se dice ser especialmente cierto en países subdesarrollados en los cuales habitan un gran número de jóvenes debido a la alta tasa de natalidad y la disminución en los índices de mortalidad.

A pesar del concepto propagado que existe entre el pueblo progresista de que el terrorismo está vinculado con la pobreza y de que el desarrollo es el mejor antídoto, gran parte de los datos indican que no hay ninguna correlación entre los dos. Por ejemplo, un estudio citado extensamente por Alan Drueger y Jitka Maleckova de la Agencia Nacional de Investigación Económica concluye lo siguiente: “Las pruebas que hemos recogido y analizado indican que no hay una conexión directa entre la pobreza, la educación y participación en el terrorismo y la violencia políticamente motivada.”

Los terroristas que atacaron el suelo estadounidense el 11-S provenían de la clase media y muchos de ellos habían cursado estudios universitarios. Bin Laden es un multimillonario. F. Gregory Gause señaló que “la literatura académica en las relaciones que existe entre el terrorismo y demás indicadores sociopolíticos, tal como la democracia, es asombrosamente insuficiente.”

Compromisos morales: No malgastar

La ética a menudo persuade a los individuos y a los países privilegiados, cuyos ingresos están por encima de otras personas o países y quienes se benefician por la explotación pasada de las ex colonias, de que tienen el compromiso moral de ayudar a los menos afortunados. Algunos sostienen que este compromiso es específicamente predominante en los países ocupados debido al daño ocasionado por las fuerzas de ocupación. Cuando Colin Powell era Ministro de Estado, según se dice, citó la siguiente regla de la tienda de mobiliario para el hogar de Pottery Barn “Usted lo rompe, usted lo compra”, y lo puso en práctica referente a los estado ocupados.

El hecho es que Pottery Barn no tenía dicha regla. Ni es evidente que si el occidente derroca a un gobierno tirano de la clase de gobierno impuesto por el Talibán o Saddam, le debe nada más al pueblo liberado. De hecho, uno podría sostener que ellos le deben al occidente un contundente voto de gratitud. Hasta donde se extienda el acuerdo de que las fuerzas de ocupación deberán dejar intactos a esos países, pagar por las puertas que se rompieron durante la búsqueda de terroristas, está limitado en lo que respecta a qué significa verdaderamente el término

reconstrucción. Eso es, restituir las condiciones al estado previo a la ocupación, no reconstruir toda una nueva economía, el sistema de gobierno ni la sociedad de la A a la Z.

Cualquiera que sea la conclusión a la que uno llegue en esta última pregunta, la fuerza de ocupación definitivamente tiene un compromiso moral de no derrochar los recursos limitados. Si bien resulta penoso tener que encarar este asunto, la verdad es que sin importar cómo el occidente aumente su ayuda exterior, jamás llegará lo suficientemente cerca para proveer todos los recursos indispensables si define el desarrollo—como lo está haciendo el Occidente tanto en Afganistán como en Irak—como rehacer prácticamente todos los aspectos de las sociedades involucradas, incluso sus economías; sistemas de servicios públicos, educación, salud pública, y asistencia social; personal de seguridad, agencias judiciales; medios de comunicación masiva; entre otros.

A menudo se habla de que Estados Unidos no contaba con un plan de postguerra en Irak. De hecho, antes de la invasión del 2003, el Departamento de Estado preparó un estudio masivo de 13 volúmenes, conocido como “El Proyecto Futuro de Irak”. El estudio provee planes para los proyectos de reconstrucción para las siguientes necesidades específicas: agua potable, agricultura y medio ambiente, salud pública, ayuda humanitaria, política de defensa e instituciones, economía e infraestructura, educación, justicia, principios y procedimientos democráticos, gobierno municipal, fortalecimiento de capacidades para una sociedad civil, medios de comunicación autónomos, petróleo y energía, entre muchos otros.

Como resultado, se iniciaron un gran número de proyectos con un enfoque tan amplio y diseminado, que muy pocos se han finalizado. De hecho, muchos se abandonaron porque no se contaba con los fondos necesarios para completarlos. A fin de reiterarlo, mientras los observadores progresistas respondieron con exigencias urgentes para aumentar la ayuda provista, sin importar cuán grande sea el presupuesto, sigue habiendo una gran desigualdad entre los recursos necesarios y aquellos disponibles, y muchos procesos de cambio toman más tiempo para madurar que otros (v.gr., aculturación) y éstos no se pueden acelerar. Una vez encaradas, en su totalidad, estas

observaciones cardinales, uno debe concluir que el preguntar dónde esos fondos escasos serían más provechosos, y dónde posiblemente se despilfarrarían o hasta resultarían perjudiciales, no resulta simplemente una cuestión práctica pero una pregunta moral clave. Todos aquellos que participan en un proceso de selección médico encara este asunto, aunque de mala gana, y aquellos que participan en proyectos de ingeniería social también los tienen que encarar, eso es, seleccionar qué proyectos son irreparables y se les debe dejar evaporarse, cuáles se lograrían, probablemente, por sí solos sin tener que adjudicarles fondos y cuáles de los pocos seleccionados se les debe dar mayor importancia.

¿Qué se podría hacer?

La selección en cuanto al desarrollo no se ha intentado y la misma exige deliberaciones considerables. Si bien no se puede exponer en detalle aquí, podemos explicarlo proveyendo algunas indicaciones preliminares de pautas sugeridas.

Hacer la seguridad el elemento más importante. He señalado en otra publicación (*Security First: For a Muscular, Moral Foreign Policy*, Yale University Press, 2007) que ante todo, tiene que proveerse la seguridad básica. Si se construyen oleoductos durante el día y durante la noche se destruyen, el petróleo no fluirá muy lejos. Si las plantas eléctricas se construyen incurriendo en grandes gastos pero no se resguardan, será simplemente otro lugar donde se malgasten los recursos. Si los profesionales se sienten intimidados por los ataques terroristas, sencillamente se irán de ese país para trabajar en otro, y así sucesivamente.

El término “seguridad básica” no indica que es necesario eliminar todas las amenazas; de hecho, hasta en las ciudades del Occidente hay algunos elementos de peligro provenientes de tanto criminales como terroristas. No obstante, tales amenazas tienen que mantenerse a un nivel en el cual el pueblo sienta que puede funcionar y que los recursos se han puesto a trabajar y se hayan acumulado en lugar de agotado.

El argumento contrario de que el desarrollo resulta indispensable para la seguridad y por lo tanto tiene que precederle, es erróneo porque sin una seguridad básica, el desarrollo no podrá darse, y porque, según lo hemos visto, el desarrollo no provee seguridad per se.

Priorizar la ayuda humanitaria. Sobre bases morales, la ayuda humanitaria debería proveerse en forma de provisiones básicas (del tipo que se provee luego de desastres naturales) ya sea, que conduzca o no al desarrollo, se pierden en parte debido a la corrupción, se añade la seguridad, o si tiene cualquier otro provecho.

Ir tras ganancias fáciles de obtener. Las ganancias a corto plazo tienen que anteponerse a las de largo plazo. Proveer mejores semillas, fertilizantes o sistemas de irrigación dan sus frutos en pocos meses; sembrar árboles, tarda años; educación elemental, toma una década o más. Estos ejemplos explican cuán difícil es



Retrato: Mahmud Ghazni forjó un vasto imperio a finales del siglo X, desde las regiones de Afganistán. Su reino se extendió desde Irán, noroeste de India hasta el territorio moderno de Pakistán. En Afganistán y Pakistán se le honra como un héroe islámico. En India se le recuerda como un criminal de guerra y un corsario pirático quien esclavizó a la población hindú y destruyó su cultura. Se le injuria específicamente por destruir imágenes sagradas e iconos del budismo en el norte de la India. El Talibán pareciera emular a Mahmud en la destrucción de los Budas de Bamiyan. El nombre Hindú Kush proviene de la “matanza de los hindúes” ordenada por Mahmud, en remembranza del aborrecimiento y antagonismo cultural que dividen a los habitantes de la región. Estas animosidades étnicas profundas resultan difíciles de comprender para el Occidente y hacen hincapié en los grandes obstáculos que se tienen que salvar para lograr una reconstrucción occidental.

aceptar las conclusiones a los que la selección puede llevar. Sin embargo, el proceder de manera contraria socavaría las metas inmediatas.

Esmerilar perfiles de proyectos. Los proyectos que cuentan con efectos multiplicadores máximos tienen que preferirse ante aquellos que cuentan con efectos multiplicadores mínimos, aquellos que requieren mano de obra intensiva y no de mucho capital ante aquellos que cuentan con un perfil opuesto, y aquellos que consumen poca energía o energía de renovación ante aquellos que cuenten con un perfil opuesto.

Limitar los proyectos. En cada área dada, debería darse una alta prioridad a la terminación de un número pequeño de proyectos que comenciar un gran número de los mismos. (Esto es contrario a como se ha planteado el método de desarrollo en Afganistán e Irak.)

Conservar elementos viejos. Como una regla, los elementos viejos deben dejarse en su lugar, arreglarse o reformarse gradualmente, en lugar de reemplazarlos. Esto es cierto en lo que toca a los equipos y las instituciones y su personal. Por ejemplo, a los jefes tribales (en Afganistán) e integrantes del partido gobernante en el servicio público (el Ba'ath en Irak) se les debió haber dejado seguir desempeñando sus papeles, como hizo Estados Unidos al final de la IIGM dejando al emperador de Japón en su posición.

Formular iniciativas modestamente. Resulta indispensable una formulación radicalmente distinta de desarrollo. Implica abandonar los méritos y bombos publicitarios exagerados, incluso, promesas de transformar a un país de pobre a uno con afluencia económica, de tirano a demócrata o de terrorista a pacífico. En su lugar, se debe repetir la advertencia de que queda un camino largo y arduo por andar. Una disminución de las expectativas es esencial para evitar perder el apoyo de países contribuyentes y de los que se benefician de la ayuda, instar a aquellos involucrados a que aporten de cualquier manera que puedan, en lugar de depender de limosnas, y motivarlos a que reduzcan el conflicto y resuelvan sus diferencias por medio de canales políticos. Una indicación válida de que se ha logrado una formulación de iniciativas adecuadas será cuando aquellas voces involucradas se sorprendan de que los resultados hayan sobrepasado las expectativas.

Imaginar, compasivamente, los efectos y percepciones. Rara vez hablamos acerca de la realidad que los ingenieros sociales occidentales encaran, de hecho, buscando convertir a Afganistán y a otros países similares en sociedades occidentales y lo cual ofende profundamente las creencias religiosas y valores nacionalistas de gran parte de la población en estas sociedades. El problema principal no es que estamos socavando los viejos valores y las relaciones sociales en torno a ellos, sino que no tratamos el vacío de los valores resultante. En su lugar, y en efecto, fomentamos las formas occidentales de materialismo hedonista o la protección al consumidor; medimos el progreso por medio del aumento en las ganancias per cápita o del número de lavadoras y televisores que posea la población. Estos valores no tratan los asuntos espirituales, sociales y morales que a los devotos afganis les interesa. Lo que es necesario reemplazar es sus valores tradicionales o (más prácticamente, transformarlos) en valores sociales morales distintos pero positivos, del tipo preferido de los musulmanes moderados. Qué podrían ser estos nuevos valores morales sociales y cómo podrían promoverse constituye un tema importante y complicado que, dicho sea de paso, no puede tratarse aquí. Sin embargo, el hecho de que no estamos tratando dicho problema constituye la razón principal de que las ideas occidentales en cuanto al desarrollo económico no son tan acogidas allí como nosotros, sus defensores, esperamos que sean.

Uno muy bien se podría proveer de criterios distintos para guiar la selección de reconstrucción. El registro, sin embargo, no deja dudas de que un planteamiento demasiado ambicioso y dilatado es muy probable que fracase y hay grandes dudas acerca de su valor moral porque conduce al despilfarro de escasos recursos y aumenta la alienación. En la reconstrucción, como en muchas otras aéreas de la búsqueda del ser humano, menos es más. Si los europeos encabezaran las iniciativas de reconstrucción en Afganistán y si dicho país sirviera de modelo digno de emular para el desarrollo de otros países similares, esta causa sería mejor desempeñada si aquellos quienes encabezan la misma mostraran más humildad, aceptaran el concepto de selección y reemplazaran el despliegue publicitario con logros que sobrepasan las promesas en lugar de perder credibilidad. *MR*